

res sacudida por el oleaje. A veces una ola lo cubría y durante breves instantes quedaba sepultado é invisible. Pero luego, venciendo la tormenta, aparecía de nuevo airoso, joven y gallardo, como un guerrero que penetra, espada en mano; por entre los escuadrones enemigos, y sale chorreando sangre, pero vivo.

Aquel extraño acompañamiento era una improvisación, Juan, tocaba traduciendo sus dolores; era el único autor de esa armonía semejante á una fuga de espíritus en pena, encarcelados antes en los tubos. Al salir disparados con violencia, por los cañones de metal, las notas se retorcían y se quejaban. En ese instante, el sacerdote de cabello cano unía las manos blancas de los novios.

Después la tempestad se serenó. Cristo apareció de pie sobre las olas del furioso lago, cuyas movibles ondas se quietaron. Una tristeza inmensa, una melancolía infinita sucedió á la tormenta. Y entonces la melodía se fué suavizando: era un mar, pero un mar tranquilo, un mar de lágrimas. Sobre esa tersa superficie, flotaba el alma dolorida de Juan. El pobre músico pensaba en sus ilusiones muertas, en sus locos sueños y lloraba muy quedo, como el niño que, temeroso de que lo reprendan, oculta su cabecita en un rincón. En la ternura melódica se unían los sollozos, las canciones monótonas de los esclavos y el tristísimo son del «alabado.» Veía con la imaginación á Enriqueta, tal como estaba la primera noche que él pasó en la hacienda, allí, en esa misma capilla, hoy tan resplandeciente y adornada. La veía rezando el rosario, envuelta por un rebozo azul oscuro. Bien se acordaba: cuando todos salieron paso á paso, Enriqueta, que era la última en levantarse, se acercó al cuadro de la Virgen de la Luz, colgado en uno de los muros y tocó con sus labios las sonrosadas plantas de la imagen. ¡Cuánto la había querido el pobre Juan! ¡Se acabó! ¿A qué vivir? Allí está la lujosa y elegante al lado de su novio que sonreía de felicidad. Y cada vez la melodía era más triste. En el momento de la elevación, las campanas sonaron y se oyó el gorjear de muchos pájaros asomados en las ojivas. Era el paje á quien obligan á cantar y que, resuelto, tira el laúd, diciendo: «¡ya no quiero!» Mas, á poco, la música azotada por la mano colérica del amo, volvió sonar más melancólica que antes. Hasta que al fin, cuando la misa concluía, las notas conjuradas y rabiosas, estallaron de nuevo en una inmensa explosión de cólera. Y en medio de esa confusión, en el tumulto de aquel escape de armonías mutiladas y notas heridas, se oyó un grito. El aire continuó vibrando por breves momentos. Parecía un gigante que refunfuñaba. Y luego, el coro quedó silencioso, mudo el órgano, y en vez de melodías ó himnos triunfales, se oyeron los sollozos de una niña.

Era Rosita que lloraba sin consuelo abrazada al cadáver de su padre.

DAME DE CŒUR.

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme, la pobrecita de cabellos rubios, á quien yo quise durante una semana..... ¡todo un siglo!..... y se casó con otro.

Muchas veces, cuando, cansado y aburrido del bullicio, escojo para mis paseos vespertinos las calles pintorescas del Panteón, encuentro la delicada urna de mármol en que reposa la que nunca volverá. Ayer me sorprendió la noche en esos sitios. Comenzaba á llover y un aire helado movía las flores del Camposanto. Buscando á toda prisa la salida, dí con la tumba de la muertecita. Detúveme un instante, y al mirar las losas humedecidas por la lluvia, dije con profundísima tristeza:

—¡Pobrecita! ¡Qué frío tendrá en el mármol de su lecho!

Rosa-Thé era, en efecto, tan friolenta como una criolla de la Habana. ¡Cuántas veces me apresuré á echar sobre sus hombros blancos y desnudos, á la salida de algún baile, la capota de pieles! ¡Cuántas veces la ví en un rincón del canapé, escondiendo los brazos, entumecida, bajar los pliegues de un abrigo de lana! ¡Y ahora, allí está, bajo la lápida de mármol que la lluvia moja sin cesar! ¡Pobrecita!

Cuando Rosa-Thé se casó, creyeron sus padres que iba á ser muy dichosa. Yo nunca lo creí, pero reservaba mis opiniones, temeroso de que lo achacaran al despecho. La verdad es que cuando Rosa-Thé se casó, yo había dejado de quererla, por lo menos con la viveza de los primeros días. Sin embargo, nunca nos hace mucha gracia el casamiento de una antigua novia. Es como si nos sacaran una muela.

Sobre todo, lo que aumentaba mi disgusto, era el convencimiento profundo de que iba á ser desgraciada. Me ponía como furia al escuchar las profecías risueñas de su familia. ¡Cómo! ¿Qué iba á ser Pedro un buen marido? Pero, ¿no saben estas gentes—decía yo para mí—que Pedro juega? Atribuyen á la funesta ociosidad

tan serio vicio; creen que una vez casado va á enmendarse..... pero los jugadores no se enmiendan.

Y—en descargo de mi conciencia, lo diré—yo habría visto, si no con alegría, con resignación á lo menos, el casamiento de Rosa-Thé con un buen chico. Pero lo contrario de un pozo es una torre; lo contrario de un puente un acueducto; lo contrario de un buen marido, eso era Pedro. No porque le faltasen prendas personales, ni salud, ni dinero, ni cariño á la pobre Rosa-Thé, pero sí porque aquel pícaro vicio había de seguirlo eternamente como un acreedor á quien nunca acaba de pagársele.

Rosa-Thé no sabía que Pedro jugaba. En los primeros meses de matrimonio, fué, con efecto, lo más sumiso y obsequioso que puede apetecerse para la vida quieta del hogar. Pero ¡ay! á poco tiempo la pícara costumbre le arrastró al tapete verde. Comenzaron entonces los pretextos para pasar las noches fuera de la casa, la acritud de carácter, los ahogos y las súbitas desapariciones del dinero. Cierta vez, Rosa se preparaba para asistir á un baile. Pedro estaba ya de frac, esperando en el gabinete á su señora. Mas como estaba embebida aún en su *toilette*, tárdase y todavía muy largo rato, Pedro entornó la puerta del tocador y dijo á Rosa:

—Mira, mientras acabas de peinarte, voy á fumar al aire libre. Dentro de media hora volveré. Eran las nueve y media. En punto de las diez Rosa estaba dispuesta para el baile. Sentóse en un silloncito y esperó. Sonó el cuarto, la media, los tres cuartos y Pedro no volvía. Entonces comenzó á entrar en cuidado. ¿Qué le habría sucedido? A cada instante se asomaba al balcón, estrujando los guantes y el pañuelo. Le habría atropellado un coche?—¡anda tan embobado!—decía Rosa. ¿Habrá tenido riña con alguno? Nadie está libre de enemigos! Sobre todo, ¡hay tantos malhechores en la calle! Y adelantando los sucesos con la impaciente imaginación, se figuraba ver entrar á su marido en angarillas con una pierna rota ó muerto acaso. Y cada vez era más aguda su congoja, tanto que al dar las once, mandó á un mozo á que fuera á buscarle por las calles, y luego á otro, en seguida á tres, hasta que el camarista y el lacayo, el cochero, el portero y cuantos hombres había en la servidumbre, se emplearon en buscarle por calles y cafés sin dejar punto de reunión por registrar, ni detuvieron un instante sus pesquisas.

Llegaban los sirvientes fatigados y sin noticia alguna de su amo; salían después con nuevas órdenes y siempre regresaban lo mismo que se iban. Por fin, pasada ya la media noche, Rosa ordenó que se pusiera el coche. Iba á buscar á Pedro. A todo escape, los caballos partieron del zaguán. Llamó Rosa á la puerta de muchas casas; apeábase el lacayo presuroso, y después de conferenciar con los porteros, subía luego al pescante, y el carruaje se lanzaba de

nuevo por las calles con la mayor velocidad posible. A cosa de la una, pasó Rosa por una calle y vió abiertos é iluminados los balcones de una casa. Aquello debía de ser un club ó cosa así. ¿Estaría Pedro en ese lugar? Paróse el coche, y el lacayo, sin necesidad de llamar, porque estaba entornada la puerta, entró en el patio; subió las escaleras y, á poco rato, volvió á bajarlas más aprisa todavía. Llegó á la portezuela del carruaje, por la que asomaba el semblante lívido de Rosa, y dijo, con la satisfacción del que trae una noticia largamente esperada.

—El amo está arriba: está jugando..... Dice que no puede venir..... que irá luego á la casa.

Y, efectivamente, á las seis de la mañana, Pedro se presentó en las habitaciones de la señora. La infeliz había pasado la noche en claro, sentada allí en aquel sillón, viendo, con la mirada fija de una loca, las manecillas del reloj que giraban al rededor de la muestra, vestida aún con su traje de baile, con flores en el cabello y en el pecho. Cada vez que sonaban pasos en la calle, Rosa-Thé se asomaba al balcón. Pero eran los pasos del gendarme ó de algún ebrio que volvía tambaleando á su casa. Y las estrellas fueron brillando menos y los gallos cantando más. De rato en rato, Rosa escuchaba el ruido de un carruaje: era el de alguna de sus amigas que volvía del baile. Poco á poco, la luz, primero tímida y blanquizca, se fué diseminando en todo el cielo. Pasó una diligencia por la esquina y se oyeron las campanas de la Profesa llamando á misa. Rosa no quiso entonces permanecer más tiempo en el balcón. ¿Qué dirían los que la vieran? Además, sus dientes chocaban unos con otros, y un desagradable escalofrío culebreaba en su cuerpo. Rosa, tan débil, tan cobarde y tan friolenta, había pasado una buena parte de la madrugada en el balcón, y, lo que es peor, en traje de baile, con los hombros y la garganta descubierta.

Tan poseída de dolor estaba, que no observó la ligereza de su traje. Sólo cuando la luz, entrando brusca por las puertas emparejadas del balcón, fué á retratarla en el espejo del armario, Rosa se vió ataviada para la fiesta y cubierta de flores, como una virgen á quien llevan á enterrar. Entonces, acurrucada en el sillón y cubiertos los hombros por un tápalo, soltó á llorar. ¡Había pensado en divertirse tanto en aquel baile! Porque Rosa era al fin y al cabo una chiquilla. ¡Se había puesto tan linda, no para cautivar á los demás, sino para que Pedro la llevase con orgullo! Y en lugar de la fiesta, las congojas, la angustia, y luego..... luego la certidumbre horrible de que su esposo, sin tener piedad de sus dolores, la dejaba á las puertas de una casa de juego, *donde probablemente se arruinaba*. Rosa lloraba como una niña y poco á poco iba arrancando de sus cabellos aquellas flores que tan primorosa-

mente la adornaban. Y así pasó todavía una hora, oyendo el ruido de las escobas y las conversaciones de los barrenderos que barrían la calle.

Por fin, conoció los pasos de Pedro. ¡Sí, era él! secó sus lágrimas precipitadamente, tuvo vergüenza de haber llorado, la cólera venció en su ánimo al dolor y se dispuso á reñir, á desahogarse, á increpar con justicia á su marido. Pero..... ¡en vano! La vista de Pedro la desarmó; venía lívido, derrengado, con los ojos de un hombre que ha perdido la razón, deshecho el lazo de la corbata blanca y erizado el pelo del sombrero. Apenas pudo hablar.

—Tienes razón..... soy un miserable He perdido todo..... tus coches, tus alhajas mis caballos..... ¡nada tenemos! ¡Te he arruinado! ¡Te he arruinado! ¡Soy un canalla!

La cólera de Rosa-Thé se disipó como las sombras cuando viene el alba. Ante aquella desgracia inmensa, quiso recuperar su sangre fría. ¡Era tan buena! Una ternura inmensa reemplazó las frases duras con que se proponía recibir á su marido. Y abrazando su cuello, acercando la cabeza descompuesta de Pedro á su seno, le atrajo á sí y lloraron juntos, largo rato, mientras la luz, indiferente á todo, saltaba alborozada y se veía en los espejos, en los muebles y vidrieras.

Rosa aceptó la pobreza con mucho valor. Tuvieron que buscar una casa humilde, quitar el coche, despedir á casi todos los criados, reemplazar el raso de los muebles con cretona é indiana, vivir, en suma, como la familia de un pobre empleado que gana ochenta pesos cada mes. Pero Rosa ponía tal arte en todo, economizaba tanto con su vigilancia y su trabajo, era tan decidora y tan alegre, que Pedro sentía menos el terrible peso de la pobreza. Al principio, Pedro, avergonzado de sí mismo y orgulloso de su mujer, se dedicó con alma y vida á trabajar. Y Rosa estaba más contenta que antes, porque ya no se iba por las noches y porque siempre le veía á su lado.

Sin embargo, no fué muy duradera esta ventura. Pedro volvió á juntarse con ciertos amigos que le arrastraron nuevamente al juego. Ya no podía apostar grandes cantidades como antes; pero sí dos, cinco ó diez pesos. Primero se excusaba así mismo, diciendo en su conciencia:—No hago mal. Ahora que nada tengo, es cuando debo jugar. Es preciso que busque á toda costa el medio de sacar á mi mujer de la situación precaria en que vivimos. El juego me debe toda mi fortuna. Voy por ella.

Y comenzó de nuevo á fingir ocupaciones perentorias, y á pasar buena parte de las noches fuera de su casa. No tardó Rosa en descubrir la verdad.—Las exiguas cantidades que ganaba Pedro—y eran antes suficientes para cubrir su reducido presupuesto, no lo fueron después. Convencida de que aquél vicio era incurable y ra-

dical en su marido, cayó en el más profundo abatimiento. ¿A qué luchar? Sin atender á sus consejos, ni oír sus súplicas, ni apreciar sus cuidados y trabajos, Pedro la abandonaba por los naipes.

Una terrible consunción se fué apoderando de ella. Ya no reía, ya no cantaba, perdió los colores frescos de su cutis, el brillo de sus ojos, la gracia de sus desembarazados movimientos, y se fué adelgazando poco á poco. Al cabo de algunos meses cayó en cama.

Los médicos dijeron que no atinaban con la cura de su mal; y con efecto, el único capaz de aliviarla era el marido. Este, instintivamente comprendiendo que era la causa de la enfermedad, se enmendó en esos días, y buscando dinero á premio, pidiendo prestado á sus amigos, se allegó los recursos necesarios para atender á la enfermita. Le llevaba á los mejores médicos y compraba todas las medicinas, por caras que fuesen. Un doctor dió en el clavo, al parecer (ahorro á mis lectores la descripción minuciosa de la enfermedad) y dijo: "esto se cura nada más con tales y cuales medicinas."

Las compró Pedro y con efecto, Rosa-Thé se mejoraba visiblemente. ¿Por qué empeoró después? He aquí lo que ni Pedro ni el doctor se explicaban. Las medicinas eran infalibles y habían surtido un efecto maravilloso. ¿De qué provenía, pues, la recaída? Sólo yo lo sé y voy á contarlo. Rosita me lo dijo la noche en que murió, mientras yo la velaba, porque habíamos vuelto á ser buenos amigos:

—No quiero aliviarme, me decía. Tú sabes todo, las tristezas y las angustias que he pasado, la invencible fuerza de ese vicio que detesto y que domina á Pedro, mi amor á éste y mi despego de la vida. ¡Estoy tan contenta así, enfermita! Pedro no juega, pasa los días á la cabecera de mi cama, y cuando estoy mala y cierro los ojos, fingiendo que duermo, oigo que solloza y siento la humedad de sus lágrimas en mi mano. Ahora me quiere, ahora no me abandona, ahora me cuida con las tiernas solicitudes de una madre. Si me alivio, volverá á escaparse, volverá á buscar, lejos de mí, las emociones del juego. Ya no le tengo á mi lado, ni sentiré sus labios en mi frente. Se irá, como se ha ido tantas veces, dejándome muy triste y solitaria. Si me muero, tal vez el recuerdo de la pobre víctima, le aparte del camino porque va. No, no quiero aliviarme. Quiero estar enfermita mucho tiempo. Por eso, cuando me trae la medicina, recorro á algún pretexto para quedarme sólo, y derramo el elixir en el suelo.....!

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme la pobrecita de cabellos rubios á quien yo quise durante una semana... ¡todo un siglo!..... y se casó con otro.

RIP-RIP.

Este cuento yo no lo ví; pero creo que lo soñé.

¡Qué cosas ven los ojos cuando están cerrados! Parece imposible que tengamos tanta gente y tantas cosas dentro..... porque, cuando los párpados caen, la mirada, como una señora que cierra su balcón, entra á ver lo que hay en su casa. Pues bien, esta casa mía, esta casa de la señora mirada que yo tengo, ó que me tiene, es un palacio, es una quinta, es una ciudad, es un mundo, es el universo..... pero un universo en el que siempre están presentes el presente, el pasado y el futuro. A juzgar por lo que miro cuando duermo, pienso para mí, y hasta para ustedes, mis lectores:— ¡Jesús! ¡qué de cosas han de ver los ciegos! Esos que siempre están dormidos ¿qué verán? El amor es ciego, según cuentan. Y el amor es el único que ve á Dios.

¿De quién es la leyenda de *Rip-Rip*? Entiendo que la recogió Washington Irving, para darle forma literaria en alguno de sus libros. Sé que hay una ópera cómica con el propio título y con el mismo argumento. Pero no he leído el cuento del novelador é historiador norteamericano, ni he oído la ópera..... pero he visto á Rip-Rip.

Si no fuera pecaminosa la suposición, diría yo que Rip-Rip ha de haber sido hijo del monje Alfeo. Este monje era alemán, cachazudo, flemático y hasta presumo que algo sordo; pasó cien años, sin sentirlos, oyendo el canto de un pájaro. Rip-Rip fué más yankee, menos aficionado á músicas y más bebedor de wiskey: durmió durante muchos años.

Rip-Rip, el que yo ví, se durmió, no sé por qué, en alguna caverna en la que entró..... quién sabe para qué.

Pero no durmió tanto como el Rip-Rip de la leyenda. Creo que durmió diez años..... tal vez cinco..... acaso uno..... en fin su sueño fué bastante corto: durmió mal. Pero el caso es que envejeció dormido, porque eso pasa á los que sueñan mucho. Y como Rip-Rip no tenía reloj, y como aunque lo hubiese tenido no le ha-

bría dado cuerda cada veinticuatro horas; como no se habían inventado aún los calendarios, y como en los bosques no hay espejos, Rip-Rip no pudo darse cuenta de las horas, los días ó los meses que habían pasado mientras él dormía, ni enterarse de que era ya un anciano. Sucede casi siempre: mucho tiempo antes de que uno sepa que es viejo, los demás lo saben y lo dicen.

Rip-Rip, todavía algo soñoliento y sintiendo vergüenza por haber pasado toda una noche fuera de su casa—él que era esposo creyente y practicante—se dijo, no sin sobresalto:—¡Vamos al hogar!

¡Y allá va Rip-Rip con su barba muy cana (que él creía muy rubia) cruzando á duras penas aquellas veredas casi inaccesibles. Las piernas flaquearon; pero él decía:—¡Es efecto del sueño! ¡Y no, era efecto de la vejez, que no es suma de años, sino suma de sueños!

Caminando, caminando, pensaba Rip-Rip:—¡Pobre mujercita mía! ¡Qué alarmada estará: Yo no me explico lo que ha pasado. Debo de estar enfermo..... muy enfermo. Salí al amanecer..... está ahora amaneciendo.. de modo que el día y la noche los pasé fuera de casa. Pero ¿qué hice? Yo no voy á la taberna: yo no bebo..... Sin duda me sorprendió la enfermedad en el monte y caí sin sentido en esa gruta..... Ella me habrá buscado por todas partes..... ¿Cómo nó, si me quiere tanto y es tan buena? No ha de haber dormido..... Estará llorando..... ¡Y venir sola, en la noche, por estos vericuetos! Aunque sola..... no, no ha de haber venido sola. En el pueblo me quieren bien, tengo muchos amigos..... principalmente Juan el del molino. De seguro que, viendo la aflicción de ella, todos la habrán ayudado á buscarme... Juan principalmente. Pero ¿y la chiquita? ¿y mi hija? ¿La traerán? ¿A tales horas? ¿Con este frío? Bien puede ser, porque ella me quiere tanto y quiere tanto á su hija y quiere tanto á los dos, que no dejaría por nadie sola á ella, ni dejaría por nadie de buscarme. ¡Qué imprudencia! ¿Le hará daño?..... En fin, lo primero es que ella..... pero, ¿cuál es ella?.....

Y Rip-Rip andaba y andaba..... y no podía correr.

Llegó, por fin, al pueblo, que era casi el mismo... pero que no era el mismo. La torre de la parroquia le pareció como más blanca: la casa del Alcalde, como más alta; la tienda principal, como con otra puerta; y las gentes que veía, como con otras caras. ¿Estaría aún medio dormido? ¿Seguiría enfermo?

Al primer amigo á quien halló fué al señor Cura. Era él: con su paraguas verde; con su sombrero alto, que era lo más alto de todo el vecindario; con su Breviario siempre cerrado; con su levitón que siempre era sotana.

—Señor Cura, buenos días.

—Perdona, hijo.

—No tuve yo la culpa, señor Cura..... no me he embriagado..... no he hecho nada malo..... La pobrecita de mi mujer.....

—Te dije ya que perdonaras. Y anda ve á otra parte, porque aquí sobran limosneros.

¿Limosneros? ¿Por qué le hablaba así el Cura? Jamás había pedido limosna. No daba para el culto, porque no tenía dinero. No asistía á los sermones de cuaresma, porque trabajaba en todo tiempo, de la noche á la mañana. Pero iba á la misa de siete todos los días de fiesta, y confesaba y comulgaba cada año. No había razón para que el cura lo tratase con desprecio. ¡No la había!

Y lo dejó ir sin decirle nada, porque sentía tentaciones de darle..... y era el cura.

Con paso aligerado por la ira siguió Rip-Rip su camino. Afortunadamente la casa estaba muy cerca..... Ya veía la luz de sus ventanas..... Y como la puerta estaba más lejos que las ventanas, acercóse á la primera de éstas para llamar, para decirle á Luz:—¡Aquí estoy! ¡Ya no te apures!

No hubo necesidad de que llamara. La ventana estaba abierta: Luz cosía tranquilamente, y, en el momento en que Rip-Rip llegó, Juan—Juan el del molino—la besaba en los labios.

—¿Vuelves pronto, hijito?

Rip-Rip sintió que todo era rojo en torno suyo. ¡Miserable!..... ¡Miserable!..... Temblando como un ebrio ó como un viejo entró en la casa: Quería matar: pero estaba tan débil, que al llegar á la sala en que hablaban ellos, cayó al suelo. No podía levantarse, no podía hablar; pero sí podía tener los ojos abiertos, muy abiertos para ver como palidecían de espanto la esposa adúltera y el amigo traidor.

Y los dos palidecieron. ¡Un grito de ella—el mismo grito que el pobre Rip había oído cuando un ladrón entró en la casa!—y luego los brazos de Juan que lo enlazaban, pero no para ahogarlo, sino piadosos, caritativos, para alzarlo del suelo.

Rip-Rip hubiera dado su vida, su alma también por poder decir una palabra, una blasfemia.

—No está borracho, Luz; es un enfermo.

Y Luz, aunque con miedo todavía, se aproximó al desconocido vagabundo.

—¡Pobre viejo! ¿Qué tendrá? Tal vez venía á pedir limosna y se cayó desfallecido de hambre.

—Pero si algo le damos, podría hacerle daño. Lo llevaré primero á mi cama.

—No, á tu cama no, que está muy sucio el infeliz. Llamaré al mozo, y entre tú y él lo llevarán á la botica.

La niña entró en esos momentos.

—¡Mamá, mamá!

—No te asustes, mi vida, si es un hombre.

—¡Qué feo, mamá! ¡Qué miedo! Es como el *coco*!

Y Rip oía.

Veía también; pero no estaba seguro de que veía. Esa salita era la misma..... la de él. En ese sillón de cuero y otate se sentaba por las noches cuando volvía cansado, después de haber vendido el trigo de su territa en el molino de que Juan era administrador. Esas cortinas de la ventana eran su lujo. Las compró á costa de muchos ahorros y de muchos sacrificios. Aquél era Juan, aquélla, Luz..... pero no eran los mismos. ¡Y la chiquita no era la chiquita!

¿Se había muerto? ¿Estaría loco? ¡Pero él sentía que estaba vivo! Escuchaba..... veía..... como se oye y se ve en las pesadillas.

Lo llevaron á la botica en hombros, y allí lo dejaron, porque la niña se asustaba de él. Luz fué con Juan..... y á nadie le extrañó que fuera del brazo y que ella abandonara, casi moribundo, á su marido. ¡No podía moverse, no podía gritar, decir: ¡Soy Rip!

Por fin, lo dijo, después de muchas horas, tal vez de muchos años, ó quizá de muchos siglos. Pero no lo conocieron, no lo quisieron conocer.

—¡Desgraciado! ¡es un loco! dijo el boticario.

—Hay que llevárselo al señor alcalde, porque puede ser furioso—dijo otro.

—Sí, es verdad, lo amarraremos si resiste.

Y ya iban á liarlo; pero el dolor y la cólera habían devuelto á Rip sus fuerzas. Como rabioso can ocometió á sus verdugos, consiguió desasirse de sus brazos, y echó á correr. Iba á su casa..... iba á matar! Pero la gente lo seguía, lo acorralaba. Era aquello una cacería y era él la fiera,

El instinto de la propia conservación se sobrepuso á todo. Lo primero era salir del pueblo, ganar el monte, esconderse y volver más tarde, con la noche, á vengarse, á hacer justicia.

Logró por fin burlar á sus perseguidores. ¡Allá va Rip como lobo hambriento! ¡Allá va por lo más intrincado de la selva! Tenía sed..... la sed que han de sentir los incendios. Y se fué derecho al manantial..... á beber, á hundirse en el agua y golpearla con los brazos..... acaso, acaso á ahogarse. Acercóse al arroyo, y allí, á la superficie, salió la muerte á recibirlo, ¡Sí; porque era la muerte en figura de hombre, la imagen de aquel decrepito que se asomaba en el cristal de la onda! Sin duda venía por él ese lívido espectro. No era de carne y hueso, ciertamente; no era un hombre, porque se movía á la vez que Rip, y esos movimientos no agitaban el agua. No era un cadáver, porque sus manos y sus brazos se torcían y retorcían. ¡Y no era Rip, no era él! Era como uno de sus

abuelos que se le aparecían para llevarlo con el padre muerto.— Pero ¿y mi sombra?—pensaba Rip.—¿Por qué no se retrata mi cuerpo en ese espejo? ¿Por qué veo y grito, y el eco de esa montaña no repite mi voz sino otra voz desconocida?

¡Y allá fué Rip á buscarse en el seno de las ondas! Y el viejo, seguramente, se lo llevó con el padre muerto, porque Rip no ha vuelto!

* * *

¿Verdad que este es un sueño extravagante?

Yo veía á Rip muy pobre, lo veía rico, lo miraba joven, lo miraba viejo; á ratos en una choza de leñador, á veces en una casa cuyas ventanas lucían cortinas blancas; ya sentado en aquel sillón de otate y cuero; ya en un sofá de ébano y raso..... no era un hombre, eran muchos hombres..... tal vez todos los hombres. No me explico cómo Rip no pudo hablar; ni cómo su mujer y su amigo no lo conocieron, á pesar de que estaba tan viejo; ni por qué antes se escapó de los que se proponían atarlo como á loco; ni sé cuántos años estuvo dormido ó aletargado en esa gruta.

¿Cuánto tiempo durmió? ¿Cuánto tiempo se necesita para que los seres que amamos y que nos aman nos olviden? ¿Olvidar es delito? ¿Los que olvidan son malos? Ya véis qué buenos fueron Luz y Juan cuando socorrieron al pobre Rip que se moría; la niña se asustó; pero no podemos culparla: no se acordaba de su padre. todos eran inocentes, todos eran buenos..... y sin embargo, todo esto da mucha tristeza.

Hizo muy bien Jesús el Nazareno en no resucitar más que á un solo hombre, y eso á un hombre que no tenía mujer, que no tenía hijas y que acababa de morir. Es bueno echar mucha tierra sobre los cadáveres.

CUENTO TRISTE.

¿Por qué me pides versos? Hace ya tiempo que mi pobre imaginación, como una flor cortada demasiado temprano, quedó en los rizos negros de una espesa cabellera, tan tenebrosa como la noche y como mi alma. ¿Por qué me pides versos? Tú sabes bien que del laúd sin cuerdas no brotan armonías y que del nido abandonado ya no brotan gorjeos. Vino el invierno y desnudó los árboles; se helaron las aguas del río donde bañabas tu pie breve y aquella casa, oculta entre los fresnos, ha oído frases de amor que no pronunciaron nuestros labios y risas que no alegraban nuestras almas. Parece que un amor inmenso nos separa.

Yo he corrido tras el amor y tras la gloria, como van los niños tras la coqueta mariposa que se burla de la persecución y de sus gritos.

Todas las rosas que encontré tenían espinas, y todos los corazones olvido.

El libro de mi vida tiene una sola página de felicidad, y esa es la tuya.

No me pidas versos. Mi alma es como esos pájaros viejos que no saben cantar y pierden sus plumas una á una, cuando sopla el cierzo de Diciembre.

Hubo un momento en que creí que el amor era absoluto y único. No hay más que un amor en mi alma, como no hay más que un sol en el cielo—decía entonces. Después supe, estudiando astronomía, que los soles son muchos.

Toqué á la puerta de muchos corazones y no me abrieron, porque dentro no había nadie.

Yo vuelvo ya de todos los países azules en que florecen las naranjas de color de oro. Estoy enfermo y triste. No creo más que en Dios, en mis padres y en tí. No me pidas versos.

Preciso es, sin embargo, que te hable y te cuente una por una mis tristezas. Por eso voy á escribirte, para que leas mis pobres

cartas junto á la ventana, y pienses en el ausente que jamás ha de volver. Las golondrinas vuelven después de larga ausencia, y se refugian en las ramas del pino. La brújula señala siempre el Norte. Mi corazón te busca á tí.

¿De qué quieres que te hable? Deja afuera la obscuridad y haz que iluminen tu alma las claridades del amor. Somos dos islas separadas por el mar; pero los vientos llevan á tí mis palabras y yo adivino las tuyas. Cuando la tarde caiga y las estrellas comiencen á brillar en el espacio, abre tú los pliegos cerrados que te envío, y escucha las ardientes frases de pasión que lleva el aire á tus oídos. Figúrate que estamos solos en el bosque, que olvidé todo el daño que me has hecho, y que en el fondo del *coupé* capitoneado te hablo de mis ambiciones y de mis sueños. Oyeme, como escuchas el canto de las aves, el rumor de las aguas, el susurro de la brisa. Hablemos ambos de las cosas frívolas, esto es, de las cosas serias. La tarde va á morir: el viento mueve apenas sus alas como un pájaro cansado; los caballos que tiran del carruaje, corren hacia la casa en busca de descanso; la sombra va cayendo lentamente..... aprovechemos los instantes.

* * *

Hace muy pocos días paseaba yo por el parque, pensando en tí. La tarde estaba nublada y mi corazón triste.

¡Cómo han cambiado las cosas! Los carruajes que van hoy al paseo no son los mismos que tú y yo veíamos. Veo caras nuevas tras de los cristales y no encuentro las que antes distinguía. ¿Te acuerdas de aquella que encontrábamos siempre en *trois quart* á la entrada del paseo? Pues voy á referirte su novela. Amaba mucho; las ilusiones cantaban en su alma como una bandada de ruiseñores; se casó y la engañaron. Todavía recuerdo la impaciencia con que contaba los días que faltaban para su matrimonio. La noche que recibió el traje de novia creyó volverse loca de contento. Yo la miré en la iglesia al día siguiente, coronada de blancos azahares, trémula de emoción y con los ojos henchidos de lágrimas. ¿Quién nos hubiera dicho que aquel matrimonio era un entierro? Se amaban mucho los dos, ó por lo menos, lo decían así. Iban á realizar sus ilusiones; la riqueza les preparó un palacio espléndido y los que de pie en la playa la miramos partir en barca de oro, dijimos: Dios la lleva con felicidad!

Unos meses después, encontré á su marido en un café.

—¿Y Blanca?

—¡Está algo mala!

Era verdad, Blanca estaba mala; Blanca se moría. Enrique la dejaba por ir en pos de los placeres fáciles, y Blanca, sola en su

pequeña alcoba, pasaba las noches sin dormir, mirando como se persiguen y se juntan las agujas en la muestra del reloj. Una noche Enrique no volvió. Al día siguiente, Blanca estaba más pálida: parecía de cera.

Hubiérase creído que la luz del alba, que Blanca vió aparecer muchas veces desde su balcón, le había teñido el rostro con sus colores de azucena.

¿Por qué no viene?—Preguntaba sondeando con los ojos la obscuridad profunda de la calle.

Y graznaban las lechuzas, y el aire frío de la madrugada le hería el rostro, y Enrique no volvía. De repente suenan pasos en las baldosas. Blanca se inclina sobre el barandal para ver si venía. ¡Esperanza frustrada! Era un borracho que regresaba á su casa, tropezando con los faroles y las puertas.

Así pasaron días, semanas, meses: Blanca cada día estaba peor. Los médicos no atinaban la cura de su enfermedad. ¿Acaso hay médicos de almas?

Una noche, Blanca le dijo á Enrique:

«No te vayas. Creo que voy á morirme. No me dejes.»

Enrique se rió de sus temores y fué al círculo donde le esperaban sus amigos. ¿Quién se muere á los veinte años?

Blanca le vió partir con tristeza. Se puso después frente á un espejo, alizó sus cabellos y comenzó á prender entre sus rizos diminutos botones de azahar.

Dos grandes círculos morados rodeaban sus ojos. Llamó en seguida á su camarera, se puso el traje blanco que le había servido para el día del matrimonio y se acostó. Al amanecer, cuando Enrique volvió á su casa, vió abiertos los balcones de su alcoba; cuatro cirios ardían en torno de la cama. Blanca estaba muerta.

—¿Ya lo ves? La vida mundana, tan brillante por fuera, es como los sepulcros blanqueados de que nos habla el Evangelio. La riqueza oculta con su manto de arlequín muchas miserias.

Cierra tus oídos á las palabras del eterno tentador. No ambiciones el oro que es tan frío como el corazón de una coqueta. Sé buena, reza mucho y ama poco.